

22 – Promesa

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Hechos 2: 39 = Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Algo es concreto y puntual: tenemos una promesa que es para todos nosotros y nuestra casa. Eso no implica algo automático. A una promesa hay que aceptarla, creerla y ponerla por obra. Versión NTV: **Esta promesa es para ustedes, para sus hijos y para los que están lejos, es decir, para todos los que han sido llamados por el Señor nuestro Dios.** Hemos sido llamados, eso es notorio. Pero está en nuestra voluntad y decisión obedecer a esa llamada o no. La palabra “promesa” tiene algo de semilla y algo de horizonte. Es pequeña cuando se pronuncia, pero inmensa cuando se vive. No ocupa espacio en la mano, pero puede transformar por completo una vida, una familia, una comunidad. En un mundo donde lo inmediato parece valer más que lo verdadero, hablar de promesa suena casi ingenuo... y sin embargo, sigue siendo una de las fuerzas más poderosas que existen. Porque una promesa no es solo una declaración: **es una dirección.** Desde una mirada bíblica —pero sin necesidad de encerrarnos en moldes religiosos— la promesa no aparece como un simple deseo, sino como un compromiso que atraviesa el tiempo. No es magia, no es autoayuda, no es pensamiento positivo con maquillaje espiritual. Es algo más sólido: una palabra que se sostiene incluso cuando las circunstancias parecen negarla. Y eso, llevado a la vida cotidiana, tiene implicancias profundas. Pensémoslo así: todos vivimos de alguna promesa, aunque no siempre lo notemos. El que estudia, cree en la promesa de un futuro mejor. El que ama, cree en la promesa de reciprocidad. El que siembra, cree en la promesa de la cosecha. Incluso el escéptico vive sostenido por alguna expectativa. La diferencia no está en si creemos o no en promesas, sino en cuáles elegimos creer... y por qué. Ahora bien, cuando hablamos de la promesa en clave del Reino de Dios, no hablamos de un contrato frío ni de una transacción. Hablamos de una relación. Una promesa que no depende únicamente del desempeño humano, sino de la fidelidad de quien la pronuncia. Y ahí aparece un punto clave: **la confianza.** Porque aceptar una promesa implica un riesgo. Implica caminar antes de ver, sostener antes de tocar, esperar sin garantías visibles. Y eso, en una cultura que mide todo en resultados inmediatos, es casi contracultural. Pero también es profundamente liberador. Porque nos saca del control obsesivo y nos introduce en una dinámica de fe que no es ciega, sino confiada. Ahora bien, ser creyente firme en el evangelio del Reino no significa desconectarse de la realidad social. Al contrario. Significa mirarla con más profundidad. Una promesa bien entendida no adormece la conciencia, la despierta. No nos vuelve pasivos, nos vuelve responsables. Porque si creemos que hay un propósito, entonces nuestras decisiones importan. En lo cotidiano, esto se traduce en cosas muy concretas. Por ejemplo: — Aprender a sostener la palabra dada, incluso cuando no conviene. — Ser coherentes entre lo que decimos y lo que hacemos. — No usar la promesa como herramienta de manipulación emocional. — Construir vínculos donde la confianza no sea una excepción, sino la base. Puede sonar simple, pero no lo es. Vivimos en una época donde prometer es fácil... y cumplir es opcional. Donde las palabras se inflan para impresionar, pero se vacían en la práctica. Y eso genera desgaste, desconfianza, cinismo. Por eso, recuperar el valor de la promesa es también un acto social. Ahora bien, no todo es solemnidad. La fe —cuando es genuina— también tiene espacio para el humor, para la liviandad sana. Porque confiar en una promesa no es vivir tensionado, sino todo lo contrario. Es descansar en que no todo depende de nosotros. Y eso, seamos honestos, ya es motivo para sonreír. Hay algo casi irónico en esto: cuanto más intentamos controlar todo, más ansiedad generamos. Y cuanto más aprendemos a confiar correctamente, más libertad experimentamos. No es abandono irresponsable, es alineación. Es entender que hay cosas que nos corresponden... y otras que no. Un recurso práctico en

este sentido es hacer un pequeño ejercicio diario: **identificar qué promesas estamos creyendo**. No solo las grandes, sino las pequeñas. ¿Estoy creyendo que “no voy a poder”? ¿Qué “todo siempre sale mal”? ¿Que “la gente no cambia”? Esas también son promesas... pero negativas. Y tienen impacto real. Reemplazarlas no es repetir frases bonitas frente al espejo. Es reordenar el enfoque. Es elegir conscientemente qué narrativa va a guiar nuestras decisiones. Y ahí es donde la palabra bíblica —entendida como vida y no como ritual— cobra sentido. Porque no se trata de acumular citas, sino de encarnarlas. Otro recurso útil: practicar la memoria. No la nostalgia, sino la memoria activa. Recordar momentos donde la promesa se hizo visible, aunque haya sido de formas inesperadas. Eso fortalece la confianza y evita que vivamos siempre desde la falta. También es importante entender que la promesa no siempre se cumple como imaginamos. Y eso puede frustrar. Pero no necesariamente invalida la promesa; muchas veces revela nuestras expectativas. La diferencia entre lo que esperamos y lo que recibimos puede ser incómoda... pero también transformadora. En términos sociales, una comunidad que valora la promesa es una comunidad más saludable. Porque genera previsibilidad, respeto y sentido de pertenencia. No se trata de idealizar, porque todos fallamos, pero sí de apuntar a un estándar más alto que el mero “cada uno hace lo que puede”. Ahora, un poco de humor necesario: si la promesa fuera un músculo, muchos la tendríamos bastante atrofiada. Pero la buena noticia es que se entrena. No hace falta empezar prometiendo cambiar el mundo mañana a las 8 AM. Podemos comenzar con cosas simples: llegar a horario, cumplir un compromiso, decir “sí” o “no” con claridad. La espiritualidad del Reino no es abstracta. Es profundamente práctica. Se juega en lo pequeño. En cómo tratamos a los demás, en cómo manejamos nuestras palabras, en cómo respondemos cuando nadie está mirando. Ahí la promesa deja de ser discurso y se vuelve carne. Y en ese punto aparece algo central: **la fidelidad**. No como rigidez, sino como consistencia. Ser fiel no es ser perfecto, es ser perseverante. Es sostener una dirección incluso cuando hay tropiezos. Es volver a alinearse una y otra vez. En un mundo saturado de información, lo que más impacta no es lo que se dice, sino lo que se vive. Por eso, una persona que encarna la promesa —sin necesidad de imponerla— se vuelve referencia. No por superioridad moral, sino por coherencia. Y aquí vale una aclaración importante: ser creyente firme no implica imponer creencias ni descalificar a quien piensa distinto. La fe auténtica no necesita gritar para sostenerse. Puede dialogar, puede escuchar, puede convivir. Porque su base no es la inseguridad, sino la convicción. Eso también tiene un impacto ideológico sano: permite construir espacios donde la diversidad no sea amenaza, sino oportunidad. Donde el desacuerdo no derive automáticamente en confrontación. Y donde la verdad no se negocie, pero tampoco se use como arma. Volviendo a la promesa, hay un elemento que muchas veces se pasa por alto: el tiempo. Vivimos acelerados, pero las promesas profundas suelen desarrollarse lentamente. Requieren proceso, maduración, espera. Y eso no siempre es cómodo. Sin embargo, hay algo valioso en ese ritmo más pausado: nos forma. Nos moldea. Nos enseña a distinguir entre lo urgente y lo importante. Y nos ayuda a construir una fe que no dependa de emociones momentáneas. Para cerrar —aunque en realidad esto recién empieza en la vida de cada uno—, la promesa no es un concepto lejano ni reservado para momentos especiales. Está presente en cada decisión, en cada palabra, en cada vínculo. Vivir desde la promesa del Reino es, en esencia, vivir con propósito, con coherencia y con esperanza. No una esperanza ingenua, sino una esperanza activa. De esas que trabajan, que construyen, que perseveran. Y sí, a veces vamos a dudar. A veces vamos a fallar. A veces vamos a querer abandonar. Pero ahí es donde la promesa vuelve a aparecer, no como presión, sino como recordatorio. Recordatorio de que no estamos solos. De que hay sentido, incluso cuando no lo vemos completo. Y de que la fidelidad —aunque sea silenciosa— siempre deja huella. Al final del día, la pregunta no es si existen promesas. La pregunta es: ¿Cuáles estamos eligiendo vivir? Porque de eso, en gran parte, depende el mundo que estamos construyendo.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments